

En concepto del periódico maurofilo de Gibraltar, el mes que ha trascurrido desde la toma de Tetuan, ha sido seco, por eso han disminuido mucho los obstáculos físicos que ofrece la marcha de un ejército en un pais destituido de caminos.

«Si el tiempo rompe y despues de la sequia viene una primavera de lluvias, la marcha á Tánger, aparte de la resistencia de los moros, será mas difícil que la de Ceuta á Tetuan. Carecemos de noticias exactas respecto á los movimientos de los moros y fuerzas que han ocupado las posiciones entre Tetuan y Tánger.

El tiempo seco debe haber facilitado los movimientos de las levas moriscas al teatro de las hostilidades, y la nube belicosa que casi se disolvió despues de la batalla del 4, ha tenido tiempo para volverse á formar con mayor densidad. Un ejército de 20,000 hombres, atravesando montañas, con artillería y bagajes, espuestos los flancos y retaguardias, con fuertes posiciones al frente que asaltar, parece que son operaciones que requieren atrevimiento y gran firmeza.

No hay duda que los soldados de O'Donnell tienen estas cualidades y además la esperiencia de veteranos adquirida por las peleas continuas y por el conocimiento del modo de batallar de sus adversarios. El corresponsal del *Times* ha observado que los moros combaten cuando deben huir y *viceversa*. En Europa un ejército vencido, ya no pelea tan bien; pero puede que no suceda lo mismo en Africa.

Haciendo justicia á O'Donnell, debemos admitir que si se propone llegar á Tánger, lo conseguirá. Aunque muchos compatriotas suyos han criticado sus operaciones como lentas y faltas de energía, debemos reconocer que nunca ha dado un golpe en vago cuando llegó el momento oportuno. La victoria del 4 es la mejor contestacion á los que censuraron su larga permanencia en la rada de Tetuan.»



CAPÍTULO XXXI.

Justa distribucion de premios y recompensas. — Incripciones notables. — Los moros manifiestan nuevamente deseos de paz. — Un principe austriaco en el campamento español. — Atenciones de que es objeto. — Se muestra muy deferente con el general O'Donnell. — Moralidad en el Gobierno. — Distinciones merecidas. — Siguen introduciéndose considerables mejoras en Tetuan.

No somos ciertamente de los que opinan que en tiempo de guerra deba la patria ser avara de recompensas para premiar á los que la defienden con las armas en la mano, y muy particularmente á los que pertenecen á las clases inferiores del ejército, con cuya abnegacion ninguna puede compararse, ni aun la de los magnánimos misioneros que para propagar sus santas creencias se esponen á ceñir la corona del martirio. Estos al menos se sienten alentados en su mision por la esperanza de obtener en el cielo el eterno galardón de sus afanes, ya que miran con indiferencia la gloriosa aureola que la historia reserva á los denodados apóstoles de una inmortal doctrina. Pero el soldado arrostra con resignacion las mas duras privaciones y se lanza resueltamente á los peligros y hasta á una muerte cierta, sin mas estímulo que el que puede dar el cumplimiento de un deber que el mismo no se ha impuesto, y con la seguridad completa de que su gloria pasará desapercibida confundándose con la general del pais á quien sirve, aunque compre esta gloria al precio de su existencia. ¿Quién recuerda ya hoy los nombres de la mayor parte de los que han muerto peleando en las distintas guerras de que ha sido testigo la misma generacion presente?

Abnegacion tan heroica bien merece recompensas. Se ha la-

mentado con amargura la prodigalidad de ciertas administraciones que mientras el país estaba en completa paz y tranquilidad, derramaban á manos llenas sobre sus paniaguados los premios creados para recompensar la pericia ó el valor en los campos de batalla. Algunos desde oficiales subalternos llegaron en plena paz á ceñirse la faja de generales, sin que su hoja de servicios pueda ponerse en parangon con la de ningun cabo segundo. Pero si semejante prodigalidad merece vituperio, vituperio merece tambien el extremo opuesto, y aun nos atrevemos á decir que es preferible premiar en exceso el mérito, sobre todo el conraído en los combates, que premiarlo insuficientemente.

Todos, hasta los extranjeros, convienen en que nuestro ejército expedicionario de Africa se ha conducido admirablemente, todos convienen tambien en que la guerra de Marruecos es de las mas propias que ha visto el mundo para poner á prueba la constancia, el sufrimiento, el denuedo, la abnegacion de los que en ella han tomado parte. Cada soldado ha sido un héroe, bastando para acreditarse cualquiera de valiente el haber cumplido con su deber en alguno de los hechos de armas de la presente campaña, entre los cuales se cuentan varios que son grandes batallas hasta en el concepto del general en jefe, pues en el concepto de otros caudillos menos modestos hubieran sido grandes batallas todas. ¿Por qué no se ha de procurar por todos los medios transmitir á la mas remota posteridad hechos tan insignes y tan gloriosos para nuestra patria? ¿Por qué todo el que ha contribuido á ellos en mayor ó menor escala no ha de poder llevar una señal exterior que les llenaria de orgullo, porque obligaria á decir á cualquiera que le viese: ¡*Ahi va un valiente!*

Mucho se engañaria el que creyese que la recompensa que nosotros proponemos puede gravar al erario con nuevos gastos no reproductivos. Nos limitamos á indicar que se cree una cruz especial para cada uno de los combates notables de la guerra de Africa que tanto han enaltecido en Europa el nombre español, y que con ella se condecere el pecho de los individuos de todas las clases del ejército que han tenido la honrosa fortuna de asistir á ellos. No proponemos ninguna novedad; creemos que lo que deseamos que se haga ahora se hizo ya durante la última guerra civil y durante la guerra de la independencia.

Rechazamos la idea de fundir los cañones ganados á los marroquies para formar esas condecoraciones que preponemos y mas aun para convertirlos en un monumento. Eso seria una parodia

raquítica de la gran columna de la plaza Vendome. El mejor monumento son los mismos cañones tales como han sido tomados al enemigo, y lo mas que nos permitiriamos seria grabar en ellos esta circunstancia, con espresion de su fecha, tan gloriosa para el reinado de doña Isabel II.

Las principales inscripciones que contienen las treinta y cuatro piezas de artilleria procedentes de la Alcazaba de Tetuan, espuestas hoy dia en la bateria de instruccion del cuartel de San Gil en Madrid, son como siguen:

1.^a «Le comte de Toulouze almiral de France, 1692.» (El conde de Tolosa, almirante de Francia, 1692).

2.^a En árabe.—«Loor á Dios único.—Este mortero bendito fué hecho en Lóndres por mandato de Sidi Mohammed ben Abdallah, sultan del Algarve, á quien Dios proteja. Fuerte de Suirach (Mogador) año 1184.» (1770). (En dos obuses ingleses).

3.^a En árabe.—«En el nombre de Dios piadoso, de piedad. No es Dios sino Allah el eterno, el justo. El que fuera elegido y ayudado por él, gozará en los cielos y en la tierra. No hay poder ni fuerza sino en Dios.» (Esta en los dos cañones labrados).

4.^a Idem.—«Invocando á Dios la victoria está próxima. Este es un regalo hecho al Sultan, hijo del Sultan, Mohammed ben Abdallah ben Ismail, defensor y pacificador del Algarve bendito, por el gran monarca de Inglaterra, Francia, Irlanda y Escocia, Jorge III, el rayo de la guerra. Año 1183.» (1769). (Lo mismo que la anterior).

5.^a En id.—«Regalo de parte del monarca de Suecia, Gustavo III.» (En cuatro cañones iguales).

6.^a «Dom. P.^o principe de Portugal. Esta fundicao fezo G. da art.^a Diogo Gomez de Figrdo. sendo ten. gl. de llanes tes reinos LX.^a 1676.»—(Don Pedro principe de Portugal. Esta fundicion hizo el general de artilleria Diego Gomez de Figueiredo siendo teniente general en ella de estos reinos. LX.^a 1676.)

7.^a «Dom Alfonso Virrey de Portugal. Servyndo de tenente gl. Mel. de Andrade. Matias Escartin me fes. LX.^a 1676.» (Creemos escusado traducir esta inscripcion.)

8.^a «R. ILPYN fecit. 1762.»

9.^a «F. KJRMAN. 1808.»—Y en el mismo cañon sobre el primer cuerpo, una cifra compuesta de una G y una R rodeada del lema. «Honni soit qui mal y pense.»

10. «Anno domini MDCVII. Pesa CVPLXXI opus Onocyn-ti Gyordany Napoli.»—En la misma pieza: «V.^o Vazquez de

Acuña capitán general de artillería de Rein. de Nap. P. S. M.»

11. «Opus Remygy de Halvt. Anno 1553 Meclynieñ. Sebastianus I. D. G. LV. Rex.—El capitán Juas Coriasametraso.»

—Estas tres inscripciones están en una culebrina portuguesa.

12. Me fecit Pieters Eest. Amstelodamy A.º 1771.»

13. PS. Eest A.º 1770.»

14. En un mortero: *Raby et C.º fecit 1771*,» y sobre ella una R con la corona Real inglesa.

15. En otro id.: «W. Bowven. fecit 1744.—A rege et victoria.» Sobre esta inscripción un escudo rodeado por esta otra: «Tria junta in uno» (Tres justas en uno), y sobre el primer cuerpo, ó sea junto á la boca, las armas de Inglaterra con los lemas: «Dieu et mon droit,» y «Honni soit qui mal y pense.»

16. En otro: «G. Meyer fud. Holmiae. 1771.—Jos. 3. L. 10. M.»

Las anteriores inscripciones nos demuestran que la artillería de los moros se compone de piezas de todas las naciones, y aun hay algunas entre las que nos ocupamos, que no ha sido posible fijar su procedencia por carecer de inscripciones.

A las cuatro de la tarde del 12 de marzo, se presentaron delante del campamento del general Echagüe unos diez ginetes moros con bandera blanca. La presencia de estos hombres produjo al principio una ligera alarma, pues se creyó no fuese un ardid del enemigo. Estos ginetes eran los conocidos emisarios de Muley-Abbas, que habian estado ya dos veces en nuestro campo. Esta vez eran solo tres jefes, pero iban acompañados por seis árabes á caballo, muy bien vestidos, cuyo tipo recordaba á los antiguos númidas, tan célebres en los primitivos tiempos de Roma. Vestían todos alquicel blanco y limpio, cubría su cabeza un gorro griego y llevaban botas de tafete de color. Sus caballos eran buenos y además del alfange usaban largas y bonitas espadas, á juzgar por sus hermosas culatas de marfil que traían cubiertas con una funda encarnada. Se hicieron acompañar á la tienda del general Prim, á quien conocían ya, y este los mandó conducir á la del duque de Tetuan por el nuevo camino abierto por el exterior de la ciudad.

Los parlamentarios eran el gobernador del Riff, el hermano del gobernador de Tánger y algunas otras personas del séquito del príncipe Muley-Abbas. Todos entraron en la tienda del general en jefe, y después de esponer los deseos que tenían de paz

suplicaron se les dispensase de la agresión del día anterior. El general O Donnell entregó á los emisarios pliegos para el Emperador, y con estos se manifestó sumamente amable, brindándoles á tomar café en su compañía, lo que aceptaron, como también la invitación de que se hospedaran en Tetuan, con motivo de hallarse cercana la noche y ser largo el camino que habían de andar. Los jefes marroquíes se retiraron al anochecer á casa de uno de los hermanos Ersini, la misma que había habitado la duquesa de Tetuan. Acompañaba á sus huéspedes el mismo dueño de la casa. A la mañana siguiente, después de volver á tomar café con el general O Donnell, se pusieron otra vez en camino.

El hermano del gobernador de Tánger es moreno, de buena estatura, de mirada ardiente y barba negra, poco poblada; su acompañante algo más bajo, vestía en lugar del jaique morado del anterior, uno blanco, la chilaba blanca; ambos caballos iban enjaezados con magníficos arneses, una especie de filete de cinta trenzada de seda encarnada con dos ojeras de terciopelo con bordes de seda y fleco, las bridas como los portamozos de la brida ó filete, las ojeras, no como las usan nuestros mulos, sino á guisa de pantalla, salen de la frontalera y parten hacia el ojo; del ahogadero salen también dos adornos semejantes á las ojeras, la silla, que tiene semielíptico el borren trasero y triangular, rematado en curva; el delantero tenía la silla, que era de tafete, una funda de grana; las mantillas eran de damasco encarnado y debajo de la silla llevan siete mantillas de paños de colores; tienen pretal ancho de trencillas como las de la brida; los broches de este son de plata cincelada de hechura ojival de una pulgada de diámetro mayor y media de menor; los estribos de la hechura de nuestros picadores, pero eran de una plancha de hierro que cubre una chapa de plata cincelada también; sus armas eran cuatro espingardas que dejaron en la avanzada y se les devolvieron después; los cuatro soldados de Rey que los seguían á caballo, llevan monturas muy poco inferiores á las de los dos personajes.

¿Este parlamento fue debido al empeñado combate del 11 de marzo? Los moros aseguraban que esta fue exigencia de los kabilas nuevamente llegados, y además se dijo que los emisarios habían salido de Tánger en la tarde del referido día. Sea como quiera, la visita de estos personajes después de haber rehusado las primeras condiciones y al día siguiente de una nueva vic-

toria, no podia tener otro objeto que segundas proposiciones de paz. ¿Aceptaria el Emperador las primeras condiciones presentadas por nosotros? ¿Trajeron otras ó las mismas algun tanto modificadas? He aqui lo que se ignoraba en aquellos momentos.

Los emisarios al dejar la ciudad parecian muy complacidos y satisfechos, tanto, que al salir de la habitacion del general Rios estrechaban la mano á cuantos encontraban y saludaban como á conocidos antiguos. Un moro ilustrado y al mismo tiempo autoridad en Tetuan, aseguraba que los árabes todos, incluso los montañeses, estaban deseando la paz. Y en verdad, ¿que podian esperar despues del duro desengaño que acababan de sufrir? Podian prolongar por algun tiempo la guerra, pero, ¿les conviene sostener una lucha en la que no tienen la menor esperanza de vencer? El Emperador aconsejado tal vez por sus protectores, habrá creido que no debe aguardar para hacer la paz á perder un par de batallas mas con otra ciudad que encierra grandes recursos militares y mercantiles para el imperio.

El 16 de Marzo llegó á la rada de Tetuan á bordo de la fragata de guerra *Dándo'o*, el archiduque Fernando Maximiliano de Austria, hermano del Emperador y que fue el último gobernador de la Lombardia.

El príncipe viaja con su esposa, la archiduquesa Carlota, hija única del Rey de los belgas y de su segunda mujer Luisa de Orleans, hija de Luis Felipe. La dama de honor que acompaña á esta princesa es la condesa de Huersperg.

En el momento que la fragata ancló en la rada, saludó al pabellon español, y poco despues su capitán bajó á tierra para saludar al general en jefe del ejército español de Africa.

Al día siguiente á las ocho de la mañana, el conde de Reus, con una escolta de coraceros y de lanceros, se dirigió á la Aduana á esperar á los ilustres viajeros que fueron recibidos á la mitad del camino por el duque de Tetuan, de gran uniforme, y todo su cuartel general. La entrevista del gran almirante de la marina austriaca y del ilustre caudillo de nuestro ejército fué tan expansiva y tan deferente como lo permitieron los grandes respetos que este último manifestó por el primero. El archiduque Maximiliano instó reiteradamente al caudillo de nuestro ejército para que este se colocara entre él y la princesa Carlota; pero el general O'Donnell, con su natural modestia, declinó esta singular honra que le concedian SS. AA. II., limitándose á ir á la izquier-

da del príncipe para contestar á las diferentes preguntas que con visible interés le dirigieron sobre esta inolvidable campaña.

El archiduque Maximiliano, rubio, de ojos azules y penetrantes, joven y simpático, revelaba en su rostro la amabilidad y la dulzura que tanta estimacion le grangearon personalmente aun siendo el representante de una dominacion tan odiada como la dominacion austriaca en Italia. Su esposa vestia sencilla, pero elegantemente de negro y á caballo, resplandecia con esa hermosura que le ha dado una reputacion europea. SS. AA. II. visitaron los campamentos del primero y del segundo cuerpo de ejército, de la artilleria y de la caballeria, manifestándose altamente complacidos del estado de brillantez y de marcialidad que conservan nuestras valientes y ya veteranas tropas, en medio de una campaña tan dura y tan prolongada. Despues entraron en la poblacion y oyeron misa en el templo católico situado en la plaza. El piso de la iglesia tenia una magnífica alfombra, sobre la cual se apoyaban dos elegantísimos sitios para la princesa Carlota y la condesa de Huesperg. La preciosa y bellísima corona de laurel que el marqués de Novaliches ha regalado al ejército de Africa pendia del altar mayor, ciñendo la imagen de la Virgen de las Victorias.

Los príncipes oyeron misa con gran devocion y recogimiento. Despues, de pié, á la puerta misma de la iglesia, vieron desfilar á la division del general Rios. Inútil es decir que nuestros batallones verificaron su desfile con esa regularidad y con esa rapidez de que son tanto mas admiradores los austriacos cuanto es conocida la pesadez de las tropas alemanas.

El archiduque parecia sumamente complacido del aspecto marcial de las tropas, y hablaba de vez en cuando con el general en jefe que se sonreia con orgullo y satisfaccion. Conforme iban pasando los batallones, el archiduque de Austria saludaba cortesmente, quitándose la gorra, á los oficiales que los madaban. El último cuerpo que desfiló fué el de cazadores de Tarifa, el cual llamó profundamente la atención del príncipe por su agilidad, por la soltura de sus movimientos y su paso apresurado, pero compuesto siempre. Todas las tropas como si comprendieran la importancia de esta visita, y conocieran que exhibia á los ojos de Europa el buen estado de la organizacion militar española, cumplieron, segun se dice en estilo diplomático, «admirablemente con su mision.» El príncipe austriaco ha debido indudablemente formar una alta idea de estos valerosos hijos de España.